

La letra variaba poco al agitar los demás dedos: del anular decían que era perezoso, largo el de corazón, fuerte el del índice, grueso el pulgar. Digo que decían, porque no sé si la actual generación se reúne en la taberna para divertirse moviendo los dedos. Los ancianos, casi todos, recuerdan esta canción. Conozco una versión muy distinta de la que vais á oír, inferior en calidad á esta, popularísima en la parte baja de Guipúzcoa. Esta otra versión es popular en Bizcaya y en la parte alta de Guipúzcoa.

La música es de la especie vulgarmente conocida con el nombre de *ariñ, ariñ*, acerca de la cual espero ocuparme más tarde

(Se continuará)

LA EUROPEIZACIÓN DE EGIPTO

Refiriéndose al Egipto y á la asombrosa transformación que ha sufrido en los últimos veinte años, han usado los ingleses la palabra *europización* (europeanización); y el primero de sus Jedives, cuando aludía á las reformas que han producido esa transformación y que se iniciaron en su tiempo, repetía con frecuencia, según cuentan, la frase: *Nous ne sommes pas en Afrique*.

Reseñar á grandes rasgos esa maravillosa transformación y las medidas de buena administración y de buen gobierno que le han producido, es materia muy interesante y relativamente fácil, porque pertenece á nuestro tiempo, porque la han tratado muchos y porque ha sido compendiada, en gran parte, en un libro muy reciente (1).

I

Hasta principios del siglo XIX gobernó la Turquía al Egipto por medio de Bajaes ó Gobernadores, cuya única misión era enriquecer el tesoro imperial, enviando á Constantinopla cuanto dinero pudiesen,

(1) *The Story of The Khedivate*, por Eduard Dicey, C. B. Londres, 1902.

sin reparar en medios para obtenerlo, enriquecerse ellos mismos en el tiempo que durase su gobierno, y entenderse para lo uno y para lo otro con los Mamelukos, especie de jefes militares que, apoyándose á su vez en la autoridad religiosa y civil del Sultán y en sus delegados, dominaban de hecho el país y tenían reducido á la servidumbre al pueblo, á los infelices *fellahs*.

El año 1811 fué enviado como Baja ó Gobernador al Egipto Mahomet Alí. Era de la madera de que se hacen los fundadores de imperios. Reformó el ejército por medio de oficiales extranjeros, en su mayor parte turcos. Venció y exterminó á los Mamelukos, que conspiraron contra él. Introdujo algunas reformas en la administración por medio de europeos que hizo venir á Egipto. Su voluntad despótica no reconoció ley ni freno, pero supo impedir el despotismo de los demás, protegiendo al pueblo contra los abusos de los grandes. En 1841 le reconoció el Sultán como virrey hereditario de Egipto. Conquistó la Siria y amenazó a Constantinopla; pero la ocupó Rusia y le obligó á hacer las paces con el Sultán, quedándose con la provincia de Siria. Intervino Inglaterra á favor de Turquía, y aunque protegido por Francia, se vió obligado á devolver la Siria á los turcos. Abdicó, volvió á reinar á la muerte de su hijo Ibrahín, acaecida a los dos meses de haber subido al trono, y murió en 1849, sucediéndole, por derecho hereditario, Abbas, y á éste Said, que en 1862 emitió el primer empréstito egipcio de 1.200.000 libras al 7 por 100, cubierto cinco veces en Lóndres, y firmó la concesión de las obras del Canal de Suez á favor de Fernando Lesseps.

Y en 1863, y á los treinta y dos años de edad, subió al trono egipcio Ismail, de indudable habilidad y energía, conocedor de la importancia de la civilización occidental, con la ambición propia de un nieto de Mahomet Alí, y con todos los defectos de su nación y de su raza. Creyó Europa que iba á renacer el brillante período de Mahomet Alí.

A los pocos meses de su exaltación al trono egipcio recibió en el Cairo la visita de su Soberano el Sultán de Turquía, y obtuvo de él el título de Jedive, superior al de virrey que habían llevado sus antepasados, concediéndosele, además, la sucesión hereditaria del jedivato en su familia, sin intervención del Sultán, aunque á condición de elevar á 750.000 libras el tributo anual de 400.000 que le pagaba. En obras públicas, en palacios, en ferrocarriles, en escuelas, en administración, en prodigalidades de todo género, hizo tales gastos, improductivos muchos, de utilidad desproporcionada con lo gastado otros, que en trece años

aumentó la deuda de Egipto, que era sólo de 4.000.000 de libras, los ingresos de un año, en 100.000.000 más.

En Noviembre de 1875 vendió á Inglaterra las acciones que poseía del Canal de Suez por valor de 400.000 libras. Fué este el último recurso de que pudo echar mano.

En Abril de 1876 el Tesoro egipcio dejó de pagar á sus acreedores, y éstos, europeos en su mayor parte, á quienes habían deslumbrado las suntuosas fiestas de la apertura del Istmo de Suez en 1869 y la fastuosa hospitalidad que el Jedive ofreció á la corte de Reyes y Príncipes que rodeaban á la Emperatriz Eugenia—en el apogeo de su gloria y á pocos meses de distancia de su caída—y todo lo que se contaba de las riquezas y recursos inagotables del Egipto y del brillante y progresivo reinado de Ismail, que hasta tuvo su Cámara de Notables y su Ministerio responsable, remedo de las instituciones políticas occidentales, abrieron los ojos y pidieron la intervención extranjera.

Y vino esta intervención de las grandes potencias, que tuvieron representantes en las numerosas Juntas que se fueron formando: Comisiones de la Deuda, de Investigación, de Liquidación, de Reformas financieras, de Ferrocarriles, de Dominios de la Corona ó jedivato, y en los Tribunales y en el mismo Gobierno.

Aunque intervinieron todas las grandes potencias, no todas intervinieron en el mismo grado, y se distinguen perfectamente dos grandes períodos, el de 1876 á 1882, en que intervinieron principalmente Francia é Inglaterra, y desde 1882 y más acentuadamente desde 1889 en adelante, en que puede decirse que interviene exclusivamente Inglaterra, limitándose la intervención de Francia y las demás potencias á lo establecido y pactado anteriormente en defensa de sus naturales y tenedores de la deuda egipcia.

II

El informe que Mr. Cave presentó al Gobierno inglés en 24 de Marzo de 1876 sobre el estado de la Hacienda egipcia, lo resume en los siguientes términos: «El desorden y el despilfarro de la administración, las costosas obras públicas, emprendidas sin medios adecuados para llevarlas á cabo, los enormes é innecesarios gastos hechos en el ejército y la explotación de algunos recursos por cortesanos y aventureros, han traído al Egipto á la situación alarmante en que se halla. Para salir de

ella se hace necesario que se restablezca el crédito, que se hagan severas economías en los gastos y, por último, que la intervención de alguna potencia europea garantice y lleve á cabo ambas difíciles empresas.»

Y el arreglo propuesto al poco tiempo por el inglés Goschen y el francés Joubert reducía la deuda, después de un escrupuloso exámen y depuración de ésta, á 59.000.000 y rebajaba su interés del 7 al 6 por 100. Se fijaban muy especialmente los autores de este arreglo en una circunstancia, señalándola á la vez como causa principal de la ruina y como recurso muy importante para salir de ella: el acaparamiento de tierras por el Jedive, que se había hecho dueño de la quinta parte del suelo cultivada de Egipto. La resistencia del Jedive a restituir estas tierras á la nación, fué grandísima; pero fué mayor aún la tenacidad de los ingleses en exigirlo, y todas esas propiedades pasaron á manos de los comisionados extranjeros (Comisión de investigación) en Agosto de 1878.

El año siguiente pidieron y obtuvieron Francia é Inglaterra del Sultán de Turquía la deposición de Ismail, por haberse convencido de que era empresa imposible la de poner coto á sus prodigalidades. Le sucedió su hijo Tewfik y continuó la obra de reforma sobre las bases indicadas.

Pero esa obra quedó en cierta manera interrumpida por dos acontecimientos importantes: la sublevación de Arabi y los coroneles en 1882 y la insurrección del Mahdi en el Sudán en 1883.

Sublevación de Arabi. —Arabi y los demás coroneles del ejército egipcio se opusieron á la reducción de éste á 18.000 hombres, y exigieron, además, que el Ministro de la Guerra fuese egipcio.

Cedió Tewfik á las pretensiones de los sublevados. Las escuadras de Francia é Inglaterra hicieron una demostración naval frente á Alejandría. Hubo en esta ciudad motines, incendios y muertes de extranjeros. Bombardeóla la escuadra inglesa. Crecieron los desórdenes y las matanzas. Desembarcaron 13.000 ingleses, vendieron á Arabi y sus compañeros en Tel-el-Kebir el 26 de Diciembre de 1882 y los desterraron a la Isla de Ceilán, donde han residido durante diez y ocho años sostenidos por el tesoro egipcio y de donde se les ha permitido volver á su país en 1901. Suleiman Sami, á quien se consideró autor de las muertes é incendios de Alejandría, fué ahorcado.

La sublevación de Arabi vino, de esta manera, a acentuar la intervención inglesa y á descartar la francesa.

Insurrección del Mahdi y conquista del Sudán. —La revelación divina conservada por el pueblo judío, pasó adulterada a las naciones

mahometanas, y éstas han creído siempre en la venida de un gran conquistador; un Mesías ó Mahdi que exterminaría a los infieles y daría á los creyentes el imperio del mundo. Apareció uno de estos Mahdis ó falsos Mesías en el Sudán en tiempo de Ismail; pero un batallón enviado prontamente por éste ahogó en sangre la intentona. La sublevación de Arabi impidió obrar con igual presteza en tiempo de Tewfik, y á fines de 1882 el Gobernador del Sudán pidió un refuerzo de 15.000 hombres para dominar la rebelión. Se pusieron en marcha en Septiembre de 1883 y fueron aniquilados por el Mahdi. Acordaba la evacuación del Sudán, ni siquiera fué posible rescatar las guarniciones egipcias, y después de repetidos reveses militares se pensó en el general Inglés Gordon, de excepcional prestigio, y se le nombró Gobernador general del Sudan; pero tuvo que refugiarse en Kartoun, donde pereció heroicamente, sin que llegara á tiempo para salvarlo elejército mandado por Wolseley que el Gobierno de Lóndres había enviado con este objeto.

Murió el Mahdi, y el califa, su sucesor, fué derrotado en la batalla de Toski en 188y por 5.000 ingleses y egipcios.

Vino un período de tregua que duró siete años, y al cabo de éstos, en 1896 resolvió Inglaterra la conquista del Sudán como único medio de impedir que un poder hostil se entronizase allí y amenazara la seguridad de Egipto, del valle del Nilo y de las grandes obras de irrigación de este río. La victoria de Ondurmann, obtenida por el general Kitchener, aseguró aquella conquista, y en Septiembre de 1898 las banderas inglesa y eigpcia flotaban unidas sobre los muros de Kartoun, á los trece años de la muerte de Gordon. Un año después, en la batalla de Om-Debrickat, moría el califa.

La sublevación de Arabi dió por resultado el que cesase la intervención francesa; la conquista del Sudán consolidó la inglesa y la convirtió en un verdadero protectorado. Esta época de la administración inglesa desde 1889 es la de mayor prosperidad de Egipto.

III

El Ministro Ismail Bajá Sadek, especie de Mayordomo Mayor de Palacio (Mufettish), fué el hombre que más confianza inspiró a Ismail y el más experto recaudador y rebuscador de ingresos para el Tesoro. La fertilidad y naturaleza de sus recursos dan cabal idea de la administración del Egipto en tiempo de aquel Jedive. Se tenía en cuenta lo que

éste necesitaba, no lo que el país podía dar, y el Mufettish solía decir que le pidieran lo que quisieran á condición de que no se preocuparan de cómo lo obtenía. Recaudaba los enormes tributos con que agobiaba a los infelices fellahs por medio de la fuerza y de la astucia con tratamientos crueles (el kurbash ó palo), amenazandoles con los Tribunales y con el alistamiento en el ejército del Sudán, quitándoles el riego de sus tierras, con lo que les obligaba á venderlas y se quedaba con ellas, sino iban á parar á manos del Jedive.

Ayudabanle en su obra destructora los usureros, generalmente griegos levantinos, que prestaban á los fellahs con un interés de 12 á 20 por 100 mensual.

Tampoco se libraban de las depredaciones del Mufettish los poderosos Bajas; pero á éstos les quedaba el recurso de indemnizarse á costa de los débiles del modo que les fuera posible. Entre los abusos del débil por el fuerte, el más frecuente era el de las prestaciones personales. No sólo para las obras públicas, sino para labrar las tierras de cualquier personaje influyente, se obligaba á trabajar gratuitamente á los infelices fellahs.

Lógica consecuencia de este sistema de depredaciones y abusos era que el pueblo se valiese también de todo género de astucias, fraudes y ocultaciones para no pagar. Una inmoralidad engendraba á la otra.

La administración inglesa ha cambiado todo esto.

Se dedicaron, ante todo, los ingleses a reorganizar y disciplinar al ejército y lo consiguieron, por medio de oficiales de su nación. El ejército egipcio no merecía el nombre de ejército, y ni una sola vez hizo frente á las tropas del Mahdi. Restablecida en él la disciplina, y reorganizado por los ingleses, no hizo mal papel al lado de éstos en la conquista del Sudán.

Satisfecha esta necesidad de reorganización del ejército, la más apremiante de todas, por la situación en que la insurrección del Mahdi había colocado al Egipto, se pensó en la reconstrucción de la Hacienda.

La comisión de reformas financieras, siguiendo el plan trazado por Sir Evelin Baring (hoy Lord Cromer), sentó, como base de esa reconstrucción, la nivelación del presupuesto; y se ha conseguido ésta, introduciendo rigurosas economías, reduciendo todos los sueldos en que cabía alguna reducción, aboliendo de raíz las gratificaciones, que se daban de una manera irreguiar á costa del Tesoro público. Estas reformas han permitido reducir considerablemente los impuestos.

La ignorancia y la mala fe habían conseguido llevar tales obscuridades á la contabilidad, que ésta podía encubrir los mayores fraudes, y no permitía en cambio discernir con precisión los distintos gastos. Mister Gerald Fitzgevald, enviado para eso por el Gobierno inglés, sustituyó la claridad y la sencillez á la obscuridad y la confusión anteriores y evitó aquellos inconvenientes.

Se reformaron también los Tribunales. La Justicia se vendía y estaba á merced de los poderosos. Hubo necesidad de dar todos los puestos de cierta importancia a jueces europeos, aumentándose el número existente de éstos, según el autorizado informe de Sir John Scott, colocado á la cabeza de la magistratura egipcia; y el imperio de la ley se restableció en los Tribunales de justicia, como se había restablecido en los tributos y en las demás funciones de la Administración pública.

Las prestaciones personales quedaron abolidas, salvo el caso de que las exigiesen obras apremiantes de irrigación.

Se han extendido las líneas de ferrocarriles y los canales de irrigación del Nilo, y la iniciativa privada ha construido obras hidráulicas tan colosales como el gran depósito de Assuam, recientemente inaugurado.

Se han introducido grandes mejoras en la policía, que tuvo que pasar á manos europeas, en sanidad, en prisiones, en hospitales, etc.

Resultado: Los ingresos anuales de la Hacienda, que ascendían en tiempos de Ismail á 4.000.000 de libras, ascienden hoy á más de 11.000.000, á pesar de haberse rebajado considerablemente los impuestos, y el censo de población, que era hace doce años de 7.000.000 de habitantes, es hoy de 10.000.000

Por lo que hace al país, su fuerza productora se ha aumentado hasta el punto que indican los anteriores datos: sus ciudades han adquirido el aspecto de ciudades europeas; los *fellahs* están mejor alimentados y mejor vestidos, habitan mejores viviendas y gozan tranquilos del fruto de su trabajo, sin temor á las prestaciones personales y otros abusos del fisco y de los poderosos.

Y, sin embargo, no dejan de echar de menos los egipcios los prestigios y esplendores del antiguo régimen y poder personal que, á manera de divinidad, elevaba á los más humildes á las alturas del rango y de la riqueza y humillaba en el polvo a los más poderosos.

Aceptan gustosos los adelantos materiales; pero repugnan las refor-

mas morales, sin las que carecen aquéllos de base sólida, y no concluyen de acostumbrarse al imperio universal de la ley tal como la aplican los jueces europeos y los Ministros europeos y obligan a los demás á aplicarla.

Cuando, en virtud de estos principios de moralidad pública, quedaron abolidas las gratificaciones que, de una manera irregular, repartía la administración entre sus favorecidos, los más honrados y los más elevados de los dignatarios egipcios protestaron, con la mejor buena fe, de esa reforma, considerando insigne torpeza privarse de esos medios, de influencia y popularidad, y fué necesaria toda la tenacidad de los ingleses para no ceder a sus repetidos clamores.

Y no agradecen tanto la justicia y protección para sus derechos que hoy encuentran en tribunales y autoridades y la seguridad de no ser víctimas de la arbitrariedad del poder y de la influencia de los poderosos, como sienten y echan de menos no poder usar de aquella arbitrariedad y de esta influencia contra sus adversarios.

Es admirable, en suma, el espectáculo de la transformación de Egipto, llevada á cabo en pocos años por unos cuantos hombres de buena voluntad; y los medios de que se han valido traen involuntariamente á la memoria estas palabras que he leído yo no sé dónde: «La ciencia es el sentido común organizado»; pero se experimenta, al mismo tiempo, un sentimiento de tristeza, al considerar cuán grande es la fuerza de los malos hábitos, que impide apreciar, en su justo valor, la obra realizada, y al pensar que ésta desaparecería por completo (salvo algunas pocas mejoras materiales) el día que desapareciera la influencia que la ha hecho posible.

EL MARQUÉS DE CASA TORRE.

